

## Prólogo

*Castillo de Wentworth, Yorkshire  
Verano de 1872*

A la joven edad de veintiún años, Edward Peter Wallis, conde de Whitby, se llevó una taza de café a los labios y tomó conscientemente la decisión de que no quería morir. O, más bien, que no quería envejecer, ya que ser joven era de lejos más divertido.

—Ahí viene tu hermanita, subiendo la colina a toda carrera —avisó Whitby a su amigo James, duque de Wentworth, sentado frente a él en la mesa donde desayunaban.

Habían dispuesto que sacaran la mesa a la terraza de piedra inundada de sol porque, tras el consumo exagerado de coñac la noche anterior, el aire fresco les ayudaría a mitigar los nefastos efectos del alcohol. Resultó ser una idea poco ocurrente, ya que el reflejo del sol en la cafetera de plata en el centro de la mesa los obligaba a entrecerrar los ojos. Y no era nada aconsejable entrecerrar los ojos para protegerse de la luz cuando se trataba de combatir la migraña de una resaca.

—Mira cómo corre —dijo Whitby, reclinándose en su silla mientras seguía con la mirada a Lily que corría con su vestido de vuelos blanquiazules agitándose en el viento—. Espero que no me pida que juguemos al escondite, Dios mío.

—Quizás al pilla-pilla —replicó James, con tono irritado y la frente apoyada en el dedo índice.

Whitby todavía llevaba la ropa de la noche anterior, y en su rostro comenzaba a asomar la barba sin afeitarse. Se sentía sucio y, para decirlo francamente, casi asqueroso, pero eso no le impidió sonreír a Lily, que se acercó corriendo con una sonrisa radiante en su carita, y con su vestido de vivos colores muy limpio y almidonado. Lily acababa de cumplir nueve años.

Whitby se inclinó hacia James.

—¿Cuándo crees que será lo bastante mayor para darse cuenta de que todavía estamos medio ebrios cuando llega corriendo a visitarnos a la hora del desayuno? La verdad es que sus inocentes ojitos no ven nada raro cuando la perseguimos a trompicones y la encontramos entre las rosas, o donde sea que se esconda. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y luego se ríe, James. Tampoco se entera de que la encontramos porque la *oímos* —dijo, ahogando una risilla, y tomó un sorbo de café.

—Ése serás tú, Whitby. Puede que tú todavía estés ebrio pero yo estoy lo bastante sobrio para sentir el martilleo en la cabeza, y si Lily me pide que juegue a perseguirla...

—Le dirás que vaya a jugar con sus muñecas.

Lily se detuvo al llegar a la terraza, casi sin aliento y sonriendo. Llevaba el pelo negro y lustroso recogido en dos trenzas con cintas azules del mismo tono que la faja del vestido.

—¡Whitby! ¡Sabía que esta mañana te encontraría aquí!

—Y ¿cómo lo sabías, Lily? —preguntó él, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas, sin hacer caso del dolor de cabeza—. ¿Te lo ha contado un pajarito? ¿O habrá sido esa araña que tienes en el hombro? —inquirió, señalando.

Lily dio un respingo y se pasó la mano por el pelo.

—¿Dónde?

Whitby se echó a reír, a pesar del dolor.

Lily lo miró sacudiendo la cabeza.

—Eres un bromista, Whitby. Y deberías lavarte. Los dos. Oléis a humo de tabaco.

Whitby miró a James frunciendo el ceño.

—La pequeña ha hablado.

—No soy pequeña —dijo ella—. Y sólo por decir eso, te tocará a ti contar. Cierra los ojos.

Whitby, que se divertía como de costumbre y era incapaz de negarle algo a la dulce Lily, obedeció y cerró los ojos.

Se oyeron los pasos de Lily que se alejaba deprisa por la terraza, hacia la izquierda.

—¡A que no me pillas! —gritó unos segundos más tarde.

La sola idea de tener que levantarse de su silla hizo vacilar a Whitby. En realidad, no quería moverse.

—Maldita sea, James, ¿por qué no vas tú? —dijo, reclinando la cabeza en el respaldo—. Es *tu* hermana.

—Pero te lo ha pedido a *ti* —se defendió James.

—Siempre me lo pide a mí.

—Porque yo nunca juego con ella. Tienes mucho que aprender sobre cómo desalentar las atenciones femeninas no deseadas, amigo mío.

Sabiendo que nunca conseguiría que James jugara con Lily, Whitby se obligó a incorporarse, por mucho que le pesara.

—Las atenciones femeninas no deseadas no existen, James. Aunque vengan de una niña de nueve años.

Whitby soltó un hondo suspiro y cruzó la terraza a regañadientes.

—¡Allá voy! —anunció.

Bajó las escaleras y vio enseguida el borde blanco y reluciente del vestido de Lily detrás de la fuente de los pájaros, apenas lo bastante ancha para ocultarla. Sin embargo, ella se creía invisible.

Whitby sonrió y ahogó una risilla, mientras sacudía la cabeza.

—¡Puede que estés detrás de las azaleas! —exclamó, y se dirigió lentamente hacia la fuente—. O aquí, ¡debajo del banco!

Lily estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Qué es eso que oigo? —dijo Whitby, y se detuvo a sólo un metro, donde a todas luces podía verla—. ¡Debes estar escondida detrás del seto!

Ella volvió a ahogar una risilla y él rodeó por completo la fuente a toda prisa.

—¡Te he pillado!

Lily dio un grito y salió corriendo, con Whitby pisándole los talones, estirando los brazos y haciéndole cosquillas en las costillas, hasta que ella se dobló en dos. Rió y chilló hasta que Whitby paró y se llevó las manos a las orejas.

—¡Dios mío, Lily! Mi cabeza.

Ella se enderezó.

—Te estás haciendo demasiado viejo para estos juegos, Whitby. Un día de éstos ya no querrás jugar conmigo y serás un aburrido, como James, que es un viejo.

—James no es un viejo.

—Será, pero es muy aburrido —dijo Lily, con expresión de desdén.

Whitby se sintió obligado a defender a su amigo por una cuestión de honor. O quizá tuvo ganas de que Lily entendiera que su hermano era un hombre complicado. Si James se mostraba reservado, tendría sus razones.

—¿Crees que es aburrido porque no juega al escondite? Seguro que es interesante en otras cosas. —Desde luego, a Whitby se le ocurrían unas cuantas.

—No sabe jugar a nada. Ya lo he dicho, es casi como un viejo. Es igual de malo que mi padre.

Whitby la miró entrecerrando los ojos. Su tono se volvió serio, como una ligera llamada de atención.

—Eso lo dudo, Lily.

Ella se encogió de hombros, como si no le importara, y él vio que la pequeña ya se arrepentía de su comentario, porque su padre había sido un hombre frío y cruel. Comparar a cualquier persona con él era más que una exageración.

Whitby se inclinó para hablarle a su altura.

—Te prometo que nunca dejaré de jugar contigo, Lily, porque no tengo ninguna intención de envejecer.

—Todo el mundo envejece.

—Yo no —dijo Whitby, enderezándose y mirándola con los brazos en jarra—. Yo siempre seré joven. Al menos de corazón.

Lily sonrió.

—Entonces creceré y en unos cuantos años te alcanzaré —dijo, sonriendo—, y entonces podremos casarnos. Eso me gustaría.

—¿Casarnos? Dios mío, Lily, ¿qué dices? Soy el canalla más horrible del mundo, y tú, cariño, eres sólo una niña.

Le tiró suavemente una trenza y se giró para volver a la terraza porque necesitaba con urgencia tomar otra taza de café. Después de la carrerilla, su dolor de cabeza había vuelto con ensañamiento.

Mientras caminaba de vuelta a la terraza, se frotó la nuca. No reparó en que Lily había salido corriendo en la otra dirección sin decir palabra.



# .....Capítulo 1.....

*Castillo de Wentworth, Yorkshire  
Octubre de 1884*

*E*l sol del atardecer caía sobre las cortinas de encaje, inundando la habitación con su luz clara y densa. Sentada a su escritorio, Lily Langdon daba golpecitos impacientes con el pie en el suelo, y acompañaba el ritmo con su pluma, tamborileando sobre la carta que intentaba escribir. Miró las manecillas del reloj sobre la repisa de la chimenea. Avanzaban en silencio y reflejaban la luz del sol en su superficie plateada y dorada.

Aquel día Lily se sentía ansiosa y algo crispada. No podía fingir que ignoraba el motivo. Conocía sus propias emociones lo suficiente como para saber. Era el primer día de las jornadas de caza que su hermano celebraba todos los años. Los invitados habían llegado durante todo el día y, dentro de poco, ella tendría que empezar a prepararse para la cena, ponerse uno de sus elegantes vestidos de noche y lucir alguna de sus exquisitas joyas.

Ya había escogido el vestido para esa noche, su Worth de satén, color azul oscuro, con las rosas de terciopelo negro bordadas en el dobladillo. Ahora tenía que escoger los pendientes que harían juego con su collar de zafiros. Y sólo entonces estaría preparada para bajar al salón y saludar a los invitados.

Siguió tamborileando en la mesa con la pluma, sin dejar de sentir esa desagradable ansiedad. No le apetecía demasiado entrar en una habitación llena de desconocidos. En este caso, desde luego, no todos serían desconocidos. Su familia estaría presente, los amigos de su familia, algunos de los cuales conocía de toda la vida...

Quizá fuera ésa la razón de su ansiedad.

Alguien llamó a la puerta. Lily se incorporó, cruzó la habitación y abrió.

En el pasillo estaba su madre, Marion, la duquesa viuda, con las manos cruzadas por delante. Llevaba un vestido negro de manga larga, abotonado hasta el cuello y el pelo entrecano recogido en un apretado moño.

—Lily, tengo que hablar contigo.

Lily se apartó de la puerta dando un paso atrás y la invitó a entrar en su habitación.

Al ver cómo su madre lanzaba una mirada a su alrededor, sobre el montón de cartas no acabadas sobre la mesa y la novela moderna abierta sobre la cama, Lily tuvo la sensación de que le reprochaba alguna falta.

Cerró rápidamente el libro y lo dejó con la tapa boca abajo, mientras se preguntaba si sería capaz de no hacer caso de ese peso agobiante que era para ella la decepción de su madre. En efecto, la madre de Lily nunca había entendido el carácter romántico de su hija, sobre todo cuando ésta se desentendía de sus deberes. Marion era una mujer estricta y sin sentido del humor, una mujer que jamás pensaría en poner en tela de juicio sus responsabilidades.

Marion se sentó en una silla y Lily ocupó el sofá frente a ella. Se miraron durante unos segundos, incómodas, antes de que Marion rompiera el silencio.

—Lily, ya sabes que los invitados han ido llegando a lo largo del día.

Lily asintió con un gesto de la cabeza.

—Resulta que hay un caballero, concretamente, que ha llegado hace no más de una hora. Se trata de alguien que ha invitado Sofía, alentada por mí, puesto que, en mi opinión, es un joven encantador



y del todo respetable. Se trata de Lord Richard, el hijo menor del conde de Stellerton.

El hijo menor. Lily apretó las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo. Recordó un tiempo en que su madre sólo pensaba en los hijos mayores como hombres casaderos. Al fin y al cabo, Lily era hija de un duque. Pero Lily ya tenía veintiún años, y no se podía decir que no había conocido el lado amargo de la vida. Sospechaba que su madre empezaba a perder toda esperanza.

—¿Qué edad tiene? —inquirió Lily, obligándose a conservar la calma y a buscar preguntas sensatas e inteligentes cuando sólo deseaba levantarse de un salto y exclamar: «¡No quiero que me traten como si fuera una oveja!»

Pero no saltó de su lugar porque la verdad era que necesitaba consejo. No se atrevía a confiar en su propio juicio cuando se trataba de los hombres. Sabía lo insensata que una mujer podía volverse cuando la cegaba la pasión. Lo sabía porque en una ocasión se había prendido de alguien, un francés encantador, un hombre con una manera de hablar exquisita. Por desgracia, resultó ser alguien muy diferente de lo que ella creía. Sin embargo, durante un par de semanas muy breves, se le antojó que estaba enamorada de él.

Y también estaba Whitby. Siempre Whitby. Pero él no veía a Lily como una mujer. La veía como una niña o como una hermana. Esperar algo más de él sería poco realista y pecaría de insensatez.

De modo que sí, necesitaba algún tipo de orientación porque deseaba seguir adelante con su vida.

—Lord Richard tiene veintiséis años —le informó su madre—. Lo he conocido al llegar, y te puedo asegurar que es un joven muy apuesto.

Lily bajó la mirada.

—Ya sabes que para mí ésa no es la virtud más importante en un marido.

—Pues recuerdo una época en que no era así —dijo su madre con semblante impasible, dando a entender que aún ardía en ella un rescoldo de reproches por la imprudencia que Lily había cometido con Pièrre.

Lily se preguntaba si algún día conseguiría reparar ese paso en falso.

—¿Acaso piensa conocerme esta noche? —preguntó—. ¿Por eso ha venido?

—Sí. Le sucede lo mismo que a ti; Londres no le agrada durante la temporada de reuniones sociales, y busca a una joven que sepa vivir tranquila en el campo.

Aquello parecía prometedor.

—¿Qué vas a ponerte esta noche? —preguntó su madre.

—Mi Worth azul con las rosas negras de terciopelo.

Su madre desvió la mirada hacia el armario de Lily.

—El Worth azul... —dijo, como sopesando brevemente la decisión—. Quizás algo más tradicional. ¿Qué te parece el vestido verde, aquel que hace juego con tu camafeo?

El vestido verde era, sin duda, más tradicional. Tenía mangas largas y un escote de encaje bastante menos atrevido que el vestido azul.

—Si crees que sería más apropiado...

—Sí, eso creo. Lord Richard es un joven de mucho prestigio, y acaba de convertirse en capellán de las posesiones de la familia. Al parecer, su padre cree que tiene un gran futuro por delante y que algún día podría llegar a obispo.

—Suenan ideal. —Lily cruzó los pies y apretó las manos, que conservaba sobre el regazo—. Pero ¿qué pasará si se entera de lo que ocurrió con...?

Le costaba pronunciar el nombre de Pièrre. No le agradaba recordar su propia insensatez.

—Puede que lord Richard no me quiera —dijo—. Quizá comprometa sus posibilidades de llegar a obispo.

Su madre frunció el ceño y habló con tono severo.

—Eso es agua pasada, Lily. Nadie lo sabe excepto los miembros de esta familia.

—Lo sabe Whitby.

Su madre guardó silencio un momento. No era ningún secreto que siempre había detestado a lord Whitby, desde el primer día. Éste

había trabado amistad con James a muy temprana edad y tenía más influencia en él de la que ella jamás sería capaz de ejercer.

Cuando por fin habló, su voz era tensa.

—Sí, por desgracia, así es, y ya quisiera yo que no lo supiera. Si me hubieras escuchado hace tres años... —dijo, y guardó silencio—. Supongo que ya no hay nada que hacer. Lo importante, Lily, es que debes seguir adelante. Eras joven y cometiste un error, pero gracias a Dios no ha habido nada que lamentar.

Su madre se refería, claro está, al asunto de su virginidad. Que seguía intacta.

—Pero ¿qué pasará si lord Richard me acepta y decide casarse conmigo? ¿Tendría que decirle lo que hice? —Por la cabeza de Lily pasó una imagen fugaz de la sórdida habitación de Pièrre en aquella pensión, y la rechazó violentamente—. No me imagino guardando un secreto como ése sin contárselo a mi marido.

—Y ¿por qué no? —preguntó su madre, arrugando la frente.

Lily experimentó esa mezcla confusa de frustración y simpatía que siempre sentía cuando su madre decía frases como ésa, porque Marion nunca había amado al padre de Lily. Seguro que había ocultado muchos secretos acerca de sí misma.

Sin embargo, desde que James se había casado con Sofía, Lily veía con sus propios ojos el tipo de cosas que podían ocurrir en un matrimonio. No había secretos entre ellos. Se amaban y confiaban plenamente el uno en el otro, algo que ella jamás habría imaginado de más joven. Y, ahora, no estaba del todo segura de que quisiera renunciar a un futuro como ése. Ella quería franqueza y confianza en su matrimonio, como James y Sofía lo tenían en el suyo.

Y, desde luego, pasión.

Aún así, en el caso de que lord Richard o cualquier otro posible candidato se enterara de sus desvaríos e imprudencias con un francés a los dieciocho años, puede que nunca se celebrara matrimonio alguno...

Lily tuvo un estremecimiento. A veces se sentía al borde de un estrecho precipicio, con la sensación de que un día de ésos (y no faltaba mucho), caería a un lado u otro. Pero ¿de qué lado caería?

¿Acaso acabaría como su madre, distante y fría, o abierta y afectuosa, como Sofía?

Sintió el pecho oprimido por la presión de tener que elegir el lado correcto, antes de que acabara por perder el equilibrio y caer hacia donde fuera que soplara el viento.

—Ponte el vestido verde esta noche —dijo su madre—. Y el camafeo. Te sientan muy bien.

—Gracias, madre. —Lily se levantó y acompañó a Marion hasta la puerta.

Sin embargo, más tarde, mientras observaba a su criada, Aline, peinándola frente a su tocador, empezó a pensar en la impresión que causaría en *otro* hombre el vestido verde y el camafeo. Tenía la sospecha de que ese hombre preferiría el vestido azul con el escote más osado.

Pero mientras pensaba en ello, tuvo que reconciliarse con la idea de que Whitby ni siquiera se fijaría en ella ni en su vestido. Tendría los ojos puestos en otras mujeres, como de costumbre. Por eso, era preferible olvidarlo.

Si tuviera un penique por cada vez que pronunciaba esa frase...

Se miró fijamente al espejo un rato largo. De pronto le asaltó un recuerdo de la infancia, y oyó el eco distante de su propia risa mientras corría por el jardín jugando al pilla-pilla con Whitby. Sus visitas siempre habían sido un respiro de luz en una existencia habitualmente oscura, cuando ella vivía en una casa donde la risa no tenía cabida.

Sintió una punzada de tristeza en el corazón, una añoranza hiriente por aquellos momentos especiales del pasado. Se llevó una mano al pecho.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Aline.

—Sí, estoy bien —dijo ella.

No era verdad. En realidad, no. Hacía ya tiempo que no se encontraba bien.

Deseó retroceder en el tiempo y volver a encontrarse con la niña que un día había sido. La niña que sabía esquivar las sombras. La niña que no tenía miedo de actuar respondiendo a sus pasiones.

¿Había desaparecido esa niña? Lily sentía verdadera curiosidad. ¿O era que una parte de ella seguía viva en algún lugar, en lo más profundo de su ser? Se inclinó hasta quedar muy cerca del espejo y miró atentamente en el fondo de sus ojos azules.